

Ser exigentes con la “historia global”: escribir de otro modo la historia mundial

Por José Guadalupe GANDARILLA SALGADO*

Considerar el espacio terrestre en su totalidad; no como un marco abstracto, una categoría a priori o una dimensión de la realidad, sino como un conjunto cuya configuración cambia bajo el efecto de modificaciones que uno estaría tentado de considerar como puramente locales o regionales.

André Burguière, La Escuela de los Annales

EN UNO DE LOS VOLÚMENES que integra la tetralogía de la escritora Jamaica Kincaid,¹ oriunda de Antigua y Barbuda —hasta hace medio siglo colonia británica—, se lee la siguiente afirmación que bien pudiera ajustarse a una puesta en consideración de los problemas que ocupan la atención, así sea al modo de polaridades en tensión, de aquellos pensadores que estudian ese nuevo espacio de producción intelectual que se ha dado en llamar “la historia global”. Afirma Kincaid en su novela *Mi hermano*:

Nunca hasta ahora había entendido la razón por la que la gente miente acerca de su pasado, por qué dicen ser algo distinto de lo que realmente son, por qué inventan una personalidad que no guarda el menor parecido con quienes son en realidad, por qué todo el mundo desea sentirse como si él o ella no formaran parte de nada, no procedieran de nadie, como si simplemente hubieran caído del cielo, como si fueran una totalidad en sí mismos.²

* Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor en la misma institución; e-mail: <joseg@unam.mx>.

¹ La misma está integrada por: *Autobiografía de mi madre*, Buenos Aires, Capital intelectual, 2009; *Lucy*, Santiago de Chile, LOM, 2011; *Mi hermano*, Buenos Aires, Capital intelectual, 2009; y *Mr. Potter*, Santiago de Chile, LOM, 2011.

² Kincaid, *Mi hermano* [n. 1], pp. 14-15.

En tal afirmación subyacen varias cuestiones que quisiéramos captar o retener para disponerlas a una consideración más detenida en los párrafos siguientes. Así fuera dentro de las libertades que el género ficción concede a la escritura, Kincaid procede a una reconstrucción de contenido biográfico para, a través de la historia de los integrantes de su familia, ofrecernos un modo de leer la historia del complejo cultural caribeño y de las vicisitudes de la gente de procedencia afroantillana, en esa especie de errancia persistente o vocación diaspórica interminable, en un pequeño y fragmentario espacio del mundo. Ni los entes ni el ente que piensa son una totalidad en sí mismos, siempre hay una procedencia que los hace parte de un todo más amplio. Esto justifica la preocupación por las nociones de génesis y estructura en la ubicación de un determinado fenómeno histórico.

Desde el mirador braudeliano

CON sus distancias, en Fernand Braudel (1902-1985), gran inspirador de la Escuela de los Annales, se opera un desplazamiento análogo que parte de una preocupación biográfica —para decirlo en una sola palabra— y, pasando por los destinos de un imperio, arriba a una suma de capas problemáticas que envuelven la constitución de un espacio. De intentar escribir sobre un determinado personaje, Felipe II, virará hacia la preocupación historiográfica que lo acompañará por el resto de su vida, el Mediterráneo, y desde ahí operará una verdadera revolución epistemológica en la disciplina de la historia. Esto tendrá consecuencias para las otras ciencias sociales, uno de cuyos efectos, no menores, será precisamente la de configurar los bocetos iniciales y un cierto mapa de ruta en el que hoy confluyen algunas de las preocupaciones por construir una historia global en ese género histórico de consolidación reciente, que parece expresar uno de sus momentos de mayor incidencia.

Continuando con ese género es lícito acudir a una anécdota que encierra toda una metáfora que ronda el tema. Giuliana Gemelli, biógrafa de Braudel, afirma que gracias a éste, Felipe II “es restituido junto con los acontecimientos de su reinado, en el fresco de la gran historia” y nos proporciona “una nueva mirada sobre el mundo”.³ Sin embargo, “una nueva orientación desviaba

³ Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel*, Valencia, PUV, 2005, p. 30.

el interés del historiador, pasando de ese protagonista que encabezó la historia política del siglo XVI a la política expansionista de España, su cultura religiosa y literaria, su vida social.⁴ Y para dar el último empujón parece que fue determinante la sugerencia de su gran amigo y maestro Lucien Febvre, “más que Felipe II, sería apasionante conocer el Mediterráneo de los berberiscos”,⁵ y “su tesis debe comenzar con una escenificación similar: el Mediterráneo a finales del siglo XVI [...] Geografía histórica si usted quiere, pero algo más profunda”.⁶ Con relación a esa figura histórica que lo apasionaba desde sus años juveniles en Argelia, Braudel “invirtió el planteamiento habitual de las biografías que buscan el secreto de la historia en una vida, para encontrar en la historia las razones de una vida”.⁷ Y en ese viaje de ida y vuelta el historiador francés encuentra al Mediterráneo como el gran protagonista de esa gesta: a partir de ese instante su motivación intelectual ya no será la biografía de Felipe II ni el expansionismo ibérico, sino desentrañar al Mediterráneo mismo en perspectiva de “la gran historia”.

Ello le permitirá operar un cambio de enfoque, haciendo de dicho complejo cultural, el Mediterráneo, un sistema, un mundo. Aquí entra la anécdota, pues recuerda Gemelli haber visto a Braudel encima de un barco haciendo un cierto ademán en dirección al Mediterráneo, y esa remembranza le permite argumentar que él aspiraba a ofrecer un relato (histórico) de ese espacio marítimo que pudiera ser captado en una estampa, en la que “en su mano abierta o cerrada, encerrándose o liberándose alternativamente, estaba todo el mar”; esta ilustración ofrece algo más que una poderosa alegoría, pues, en la “imagen del mar en una mano [...] un gesto adquiriría un significado intelectual”.⁸

En la labor de Braudel, la novedad del enfoque, verdadera declinación hacia inéditas sendas epistemológicas, se verá correspondida con la propuesta de mudanzas organizacionales de las entidades en las que compromete su enseñanza y su investigación. Será así que, si bien desde su estancia en Argel ya parece estar decidido a romper el compromiso con la “historia historizante”, lo que dotará inicialmente de originalidad a su obra será el trabajo de aquellos

⁴ *Ibid.*, p. 48.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*, p. 70.

⁷ *Ibid.*, p. 30.

⁸ *Ibid.*, p. 23.

historiadores que lo impulsan justamente a reconstruir el objeto a partir de una articulación entre la historia, la geografía, la etnografía etc. Ello en el marco de una preocupación historiográfica que, siendo de índole interdisciplinaria,⁹ se plantea ir más allá; no por casualidad le interesa integrar propuestas de la llamada *interciencia* a sus hallazgos. Como es bien sabido, la afinidad electiva que Braudel establece con cierto pensamiento francés —que él califica como “inquieto” y que en la literatura promueve Paul Valéry o practica Gaston Bachelard en una epistemología repleta de metáforas— no se redujo a ese aspecto, pues cuando apareció uno de los libros de Edgar Morin, *El paradigma perdido*,¹⁰ que ya anunciaba “su reflexión epistemológica de largo recorrido sobre el concepto de complejidad [...] Braudel inició inmediatamente un debate sobre el libro en un seminario de la École des Hautes Études”.¹¹ Esta proclividad hacia la producción de las “nuevas ciencias” se verá ampliamente replicada en la recuperación que, posteriormente, su alumno y colega Immanuel Wallerstein realiza del “pensamiento complejo”, sobre todo a través del diálogo con la obra de Ilya Prigogine. En esta confluencia, la apuesta por la interciencia tiene por marco

el principio del orden mediante la fluctuación, que expresa la inestabilidad de los sistemas en su conjunto, el terreno de la nueva alianza entre las ciencias de la naturaleza y ciencias humanas, en la medida en que compar-ten un único campo de interrogación: cómo una estructura macroscópica organizada puede proceder de la asociación de elementos que ignoran la totalidad de la que forman parte.¹²

⁹ Vocación que moraba entre los objetivos primordiales para la fundación de *Annales*, según nos aporta André Burguière: “Esa efervescencia intelectual se correspondía con el espíritu de acabar con el aislamiento de las disciplinas y de diálogo con las ciencias sociales que ambicionaban los dos amigos [Marc Bloch y Lucien Febvre ...] Fundaron los *Annales* para prolongar ese clima. O más bien para hacerlo renacer de otra manera”, André Burguière, *La Escuela de los Annales: una historia intelectual*, Valencia, PUV, 2009, pp. 45-46.

¹⁰ Edgar Morin, *El paradigma perdido: ensayo de bioantropología*, Barcelona, Kairós, 1974.

¹¹ Burguière, *La Escuela de los Annales* [n. 9], p. 204.

¹² Gemelli, *Fernand Braudel* [n. 3], p. 133. No estaba nada alejado de este punto de mira el principio metodológico que Karl Marx prefigura desde su juventud, en cuanto, para su sistema de pensamiento (la crítica de las categorías de la economía política), el logro de un orden (de los precios) se obtiene a través del desorden (por el predominio de la forma de valor), que es casi una enunciación de las teorías del “caos determinista”: de cómo la forma mercancía está alojada en una totalidad organizada (mercado mundial), con sus totalidades intermedias o relativas (el Estado, como forma general).

La integración de estas preocupaciones epistemológicas en su trabajo historiográfico y en su liderazgo intelectual le permitirán a Braudel avanzar, con relación a los temas abordados, hacia la “unificación de las ciencias sociales” y, con relación a los recintos educativos que prodigan tal impulso, a la creación de entidades que preparen la centralización en términos institucionales (centros de investigación, facultades etc.) y que alojen en su dimensión epistémica la recuperación de la unidad histórica de lo diverso, tanto en la múltiple temporalidad de los fenómenos, como en la dilatación del espacio (en un acercamiento que es algo más que un mero coqueteo con la dimensión geográfica) y, por supuesto, en un cierto compromiso plural con los diversos órdenes sociales que se ven involucrados en el objeto. Lo cual significa la asunción tanto de la inestabilidad, la perturbación y el desequilibrio, como de aquello que, en su permanencia, imprime su sello de larga duración histórica.

En su trayectoria vital vendrán, y por supuesto contarán en la configuración misma de su obra, su viaje de apertura atlántica hacia América Latina, en concreto a Brasil (“quizá... fue allí donde aprendí a ser feliz”), y luego de su retorno a Europa su cautiverio durante la guerra, cuando redacta la casi totalidad de los *cuadernos* que ya contienen por entero su obra sobre el Mediterráneo. Justo en uno de tales bocetos que ordenan el índice del proyecto y anuncian su forma definitiva, se integra como uno de los apartados fundamentales, y es lo que deseamos subrayar, la intención de trabajar en “la historia de la sociedad como historia global”.¹³ Desde esa época, arranque de los años cincuenta, vendrá una imparable proyección de su obra a escala internacional. Su nombre se verá finalmente asociado tanto a los logros de la segunda generación de *Annales* como a la fundación de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études (EPHE), luego nombrada École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), y también de la Maison des Sciences de l’Homme (MSH).

Los análisis de la historia y la historiografía (en tanto aporte a un patrimonio de la llamada Escuela de los *Annales*) que hará Braudel, exigidos en sus premisas epistémicas de una ampliación y profundización de las realidades sociales del espacio y el tiempo, se hilvanan en la correlación y contraste entre una “historia comparada” y una “historia universal”. De ahí surgirá no sólo su

¹³ Gemelli, *Fernand Braudel* [n. 3], p. 90, n. 6.

obra póstuma e incompleta sobre *La identidad de Francia* (1986) sino, más importante para el tema de estas páginas, *Civilización material, economía y capitalismo* (1979), sin duda su *opus magnum*, y el ya clásico debate recogido en *Una lección de historia* (1986). Marcados con la impronta de su universalización, en ellas se encuentran los dos pivotes conceptuales sobre los que girará la discusión posterior: las nociones de “economía-mundo” y de “capitalismo”. Son marcos muy amplios, espacial y temporalmente, que han de alojar (como círculos concéntricos) las realidades sociales que se integran, cual capas que se interrelacionan, en el anhelado proyecto de dar con el relato histórico apropiado: “la historia de la sociedad como historia global”. A este nivel resultan pertinentes dos acotaciones ofrecidas por Gemelli y que nos permitirán abrir el comentario hacia otras preguntas y hacia otras dimensiones que impactan no sólo al programa braudeliano de “la gran historia”, de “la historia total”, sino a los posibles continuadores de tal esquema, ahora bajo el cobijo de un proyecto aún más ambicioso, el de la historia global:

Para Braudel, el sistema social no se define a partir de ninguna de las estructuras que lo componen, sino que representa más bien, según la definición de Georges Gurvitch, el “conjunto de los conjuntos”, es decir, una idea límite desde la que se pueden aislar totalidades, esto es, estructuras [...] ¹⁴

Para Braudel [...] Europa es una unidad sistémica, si bien [...] una unidad sistémica abierta. No es casualidad que en el centro de su recorrido interpretativo se plantee el concepto de interdependencia. Este concepto supone, pues, no sólo la desigualdad de los polos comparativos, sino también su interacción en el marco de situaciones sistémicas de una dimensión no europea, sino mundial. A través de la integración de sus orillas atlánticas, Europa se afirma como un sistema de modernidad no a la altura de una economía-mundo, sino a la de una economía mundial. Así pues, no debe sorprender que pase a ser, a la vez, el lugar de dispersión del análisis comparativo y el principio de definición de una genealogía de la modernidad a escala planetaria. ¹⁵

Las intuiciones braudelianas se plasman en su trabajo de reescritura de la historia del Mediterráneo (que comparece en su trabajo como personaje principalísimo de la época moderna, y del que nos entrega

¹⁴ *Ibid.*, p. 131.

¹⁵ *Ibid.*, p. 143.

una muy peculiar biografía)¹⁶ y de su papel en el despliegue de las relaciones sociales que harán estallar el capitalismo y que atienden a sus orígenes históricos (desde donde irradiarán al mundo entero como un hecho que sintetiza y contiene los mecanismos propios de una economía-mundo, pero en un escenario ampliado, el de una posible historia, material, de las civilizaciones). Dichas intuiciones se irán articulando en una discusión detonada con fuerza en otros miradores conceptuales a mediados de los años sesenta (y que todavía impactará dos décadas más tarde).

El gozne entre las décadas del sesenta y setenta exhibe una proyección ella sí mundial, a partir de la cual se opera un cierto resquebrajamiento del eurocentrismo, que si acontece en el terreno del conocimiento lo hace porque antes (en las décadas previas de descolonización en la mitad del siglo xx y de espíritu libertario, de revolución mundial diría Wallerstein, en los años sesenta) estremeció los frágiles cimientos sobre los que se reconstruía la política internacional. Será así que las discusiones que, desde suelo latinoamericano, promueven la visión del capitalismo periférico y la articulación centro-periferia, los debates (en vastas regiones de la periferia capitalista) sobre los procesos de desarrollo-subdesarrollo (Frank), dependencia (Dos Santos, Marini etc.) y acumulación a escala mundial (Amin), encontrarán, por ejemplo, una articulación provechosa en la obra de Wallerstein y otros académicos que están dando cuenta de los procesos de fertilización cruzada de los establecimientos productores de conocimiento. Como se desarrolló a mediados de los años setenta, cuando se articuló y proyectó gran parte del debate sobre el capitalismo mundial alrededor del *enfoque de sistemas-mundo*, casi legitimando el hecho de que fuera prerrogativa de dicha escuela de pensamiento dar con tal perspectiva, subsumiendo o ensombreciendo la dotación conceptual alcanzada desde otros horizontes (en momentos en que el lenguaje de circulación de las ideas es ya, predominantemente, el inglés). Quizás en las últimas décadas estaríamos ante un proceso similar, en relación con el programa de la historia global, en que las academias del norte tienden a apropiarse de un cierto enfoque y lo suministran como un producto terminado y a aplicar por el resto del mundo.

¹⁶ Un dato que no debe ser menospreciado: el pensador colombiano Germán Arciniegas, unos años antes de que apareciera la monumental obra braudeliana sobre el Mediterráneo, había publicado su no menos importante y de título no menos acertado *Biografía del Caribe* (Buenos Aires, Sudamericana, 1945).

Sin embargo, el proyecto de la gran historia en Braudel, las nociones de economía-mundo capitalista o sistema-mundo moderno en Wallerstein, la articulación de los procesos de globalización y cosmopolitismo con la escritura de una historia global, no resuelven los principales nudos problemáticos. Ya la aspiración de la Escuela de los Annales a una “historia total”, predicada por Braudel pero continuada, entre otros, por Emmanuel Le Roy Ladurie o, a su modo, por los estudios de Pierre Chaunu sobre Sevilla y el Atlántico, consistía en “el esfuerzo para alcanzar una explicación de conjunto del cambio que sea más que la adición de las distintas formas de cambio observadas”.¹⁷ Con lo valioso de la intención, sin embargo, subsiste el problema de que exhaustividad no significa crítica ni atención a la complejidad (de los procesos) ni resolución en sí misma de la cuestión puesta a examen. No basta con una proyección de análisis total, es necesario atender a los procesos mediante los cuales una cierta unidad, o parte, promueve tal pretensión de totalidad y capitaliza en su beneficio los procesos de totalización.

Lo que sí es un hecho es que en estos intentos se trasluce con claridad el enorme reto a estos análisis, y que desde ahí comienzan a desatarse, o se reafirman, algunos interrogantes decisivos como, por mencionar algunos: ¿de verdad se registra una peculiaridad europea, y en qué consiste?;¹⁸ ¿qué tan universal puede ser la historia europea como para ser verdaderamente mundial?; ¿en qué medida el universalismo europeo¹⁹ no es sino un universalismo restringido, no plenamente mundial sino la expresión de “universales nordatlánticos”?;²⁰ ¿cuál sería el momento de arranque, en la escala temporal, y desde qué punto, mediante qué articulación y bajo qué tipo de involucramiento de los polos afectados, en la dimensión espacial, se registró el empuje necesario para propiciar el origen de la modernidad?; ¿qué es lo que define “lo significativo” en la denominada “historia global”? En su persistencia, estas

¹⁷ Burguière, *La Escuela de los Annales* [n. 9], p. 178.

¹⁸ Michael Mitterauer, *¿Por qué Europa?: fundamentos medievales de un camino singular*, Valencia, PUV, 2009.

¹⁹ Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, México, Siglo XXI, 2007.

²⁰ Michel-Rolph Trouillot, “Universales nordatlánticos: ficciones analíticas, 1492-1995”, en Saurabh Dube, coord., *Encantamiento del desencantamiento: historias de la modernidad*, México, El Colegio de México, 2011.

preguntas definen los derroteros del nuevo campo de trabajo, y las cuestiones que ocupan el interés de este tipo de historiadores.

Una última cuestión a este propósito. A fines del siglo pasado emergieron muchos estudios que intentaron pronunciarse sobre los problemas de la globalidad, algunos más superficiales que otros, pues no existe la seguridad de que este tipo de análisis (que debe ceñirse a lo histórico) eluda su posible naturalización o deshistorización, según se prefiera. No es casual que se haya explotado así el desfase entre sistema cognitivo y marco social, en referencia precisa al problema del sistema mundial como concepto que pretende atrapar una realidad que corresponde a una mayor interrelación en la sociedad global. No es lo mismo la tendencia a la intensificación (ampliación y profundización) en los circuitos involucrados en los procesos de producción, distribución y consumo de bienes necesarios para la vida, que su naturalización, que sostiene el discurso ideológico que más arraigo encontró a fines de los años ochenta, como discurso de la globalización en tanto modalidad del universalismo abstracto. La insatisfacción con los resultados del análisis que se obtiene desde la matriz teórica o paradigmática de la globalización está presente, por ejemplo, para referir a un autor perteneciente a nuestra región, en dos de los últimos libros de Hugo Fazio Vengoa.²¹ El desplazamiento por él sugerido va de la globalización a la historia global.

Ahora bien, es a dicho desplazamiento que apuntábamos al inicio con relación al nuevo enfoque, y que ahora se nos ha explicitado, de una “historia global” en tanto alternativa a la visión reduccionista del eurocentrismo. Nuestro referente no podrá ser otro que el ambicioso programa de Braudel. El historiador francés enuncia de una manera muy clara y a la vez elocuente la enorme dificultad que tal tarea conlleva: “vincular el capitalismo, su evolución y sus medios a una historia general del mundo”.²² Para Braudel no era otro el cometido de lo que él asumía como una “historia total”; en el medio norteamericano ello se promueve desde la llamada “World history”; y en una pretensión más modesta puede enunciarse como “historia global” que, según apunta otro autor iberoamericano,

²¹ Cf. *El mundo y la globalización en la época de la historia global*, Bogotá, Siglo del Hombre/UNC/IEPRI, 2007, 213 págs.; y *Cambio de paradigma: de la globalización a la historia global*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2007, 161 págs.

²² Fernand Braudel, *La dinámica de capitalismo*, Rafael Tusón Calatayud, trad., México, FCE, 1986, p. 85.

“abre la posibilidad de una nueva (con precedentes ilustres) línea de investigación, que [...] puede arrojar luz sobre un pasado que ha sido estudiado preferentemente en los marcos espaciales y políticos del Estado-nación”.²³

La sociedad global y su marco de conocimiento: un antecedente

SAMIR AMIN sostiene que “no hay teoría del capitalismo distinta de su historia. Teoría e historia son indisociables”.²⁴ En nuestra opinión, tal afirmación responde a una de las propuestas más importantes de Karl Marx en *La ideología alemana*, del año 1845, a saber: la tensión dialéctica y el antagonismo conflictivo de las categorías y las mediaciones sociales; dicho con más claridad, las ideas no explican a la historia, es la historia la que explica las ideas. Hagámoslo más explícito en los propios términos del filósofo de Tréveris en el capítulo I de la obra en cuestión: “Feuerbach. Contraposición entre la concepción materialista y la idealista (introducción)”, cuando sostiene que hay que mantenerse siempre sobre el terreno histórico real y no explicar la práctica partiendo de la idea sino explicar las formaciones ideológicas sobre la base de la práctica material.²⁵

Estamos, pues, en un territorio de articulación de la historia y de la historia de las ideas, dicho de manera un tanto burda, la interconexión entre mundo de la vida y campo de conocimiento o, visto desde otro ángulo, estaríamos haciendo una incursión en un trecho problematizador que algunos dieron en llamar “sociología de la sociología”, espacio de reflexión sobre lo social, que floreció, no por casualidad, entre fines de los sesenta y los setenta. En terminología más clásica nos situaríamos en un terreno cercano, o mejor, en las arenas movedizas de la “sociología del conocimiento”.

Subrayemos ciertas cuestiones con algo más de detenimiento, ampliando un poco más el ángulo de mirada, para recuperar el territorio de lo real en que queremos ubicarnos. Se trata de problematizar acerca de la emergencia de un cierto “nuevo enfoque” que se anuncia en el proyecto braudeliano de la “historia total”:

²³ Carlos Barros, “El retorno de la historia”, en Boris Berenzon Gorn, *Historiografía crítica del siglo XX*, México, UNAM, 2004, p. 481.

²⁴ Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil: por un siglo XXI no norteamericano*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 43.

²⁵ Karl Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1970.

Al extender su campo de observación en el tiempo a los tres primeros siglos de la modernidad, y en el espacio al conjunto del mundo, no hizo más que prolongar una interconexión que ya estaba presente en la reflexión que había hecho para comprender el mundo mediterráneo en la segunda mitad del siglo XVI. Pero mientras que se había limitado en su tesis a situar la cuenca mediterránea dentro del sistema mundial, convirtió el sistema mundial en el sujeto mismo de esta nueva obra [*Civilización material, economía y capitalismo*].²⁶

Sin embargo, una vez que los continuadores de *Annales* (su tercera y cuarta generación) se comprometieron con otros anudamientos temáticos (sean la microhistoria, la historia de las mentalidades, la historia oral o hasta la genealogía en Foucault), dictaminaron que esa intención historiográfica entrara en suspenso, como una exploración a la que más tarde le llegaría su turno. Los rastros de aquellas sendas inexploradas fueron seguidos, de una manera abiertamente reconocida, por los analistas de sistemas-mundo (Wallerstein, Arrighi, Bergesen, Chase-Dunn, entre otros) y de manera menos directa son actualmente transitados por los trabajos, cada vez más numerosos e influyentes, de la *Global history*.

En algún momento Fernand Braudel argumentó que “la historia no es otra cosa que una constante interrogación a los tiempos pasados en nombre de los problemas y curiosidades [...] del presente que nos rodea y nos asedia”.²⁷ Y, en efecto, podemos comenzar por tal acepción: interrogamos al pasado por nuestro deseo, por nuestra necesidad de interrogar al presente, y situados en nuestros problemas del presente hacemos la incursión hacia problemas o temas del pasado. Ahora bien, a ello no se reduce esta interacción de las dimensiones temporales o esta interacción de las finalidades hermenéuticas que inspiran el análisis histórico (lidar desde el presente con las capas históricas de un pasado que sigue dictaminando nuestro actuar); lo que está involucrado no es sólo el análisis de los hechos del pasado sino también de las categorías o el paradigma utilizados para interpretarlos, mirador desde el que se vislumbra o se predice el curso futuro; este enlace con la cuestión del porvenir es tanto más importante cuanto lo que pone en juego es la posibilidad misma de que el decurso (lo actual) no nos encamine a un bloqueo del futuro, a una ecuación de déficit

²⁶ Burguière, *La Escuela de los Annales* [n. 9], pp. 206-207.

²⁷ Fernand Braudel, *El Mediterráneo: el espacio y la historia*, México, FCE, 1992, p. 7.

en cuanto a su sentido, toda vez que se recargue en desmesura del presente, en que el proyecto de unos cuantos (los poderosos) se tiende a preservar al coste que fuera, con lo cual la captación del ahora en el bloqueo del mañana se fundamenta en una pretendida eternización de la condición en que nos hallamos. La etapa, entonces, quisiera no verse como histórica sino como imperecedera. La deshistorización de los procesos sociales y la eternización del presente (aporías epistemológicas detectadas y criticadas por Marx en los *Grundrisse* de 1857), elementos consustanciales a la jerga del progreso y a la adjudicación de un sentido teleológico de la historia, son un correlato preciso (en la dimensión temporal) a los reclamos del peculiarismo europeo, al establecimiento de las retóricas milagrosas que explicarían el ascenso de Occidente y que fundamentarían el presunto éxito de su cultura y su civilización.

El exponente contemporáneo más reconocido, el principal teórico de la así llamada “historia de los conceptos” (*Begriffsgeschichte*), nos ofrece una manera de asir el tema en el que estamos incursionando. Pueden ocurrir momentos de un “desfase creciente entre los conceptos y la realidad que describen, por un lado, y entre los conceptos y las palabras que los expresan”,²⁸ por el otro. Dicha escuela de la historia conceptual sugiere abordar la convergencia entre historia y concepto y hacerlo, justamente, desde esos desfases y esa tensión permanente, para promover tal perspectiva en el mismo arco temporal que hemos identificado como el momento que catapultó al “nuevo enfoque”: la mitad de los años setenta.

Entonces, si en el proyecto de “historia total” de Annales contamos con “una operación de totalización que consiste en elegir el mejor medio para tener en cuenta la complejidad de un proceso histórico”,²⁹ se debe a la huella que ha sido dejada en anteriores pasos conforme a un cierto recorrido de la antropología: “La tarea del historiador se relaciona aquí con la identificación del hecho social total de Marcel Mauss”.³⁰ Y ese registro de la cuestión fue recuperado también, en su momento, por uno de los más sólidos

²⁸ Antonio Gómez Ramos, “Introducción”, en Reinhart Koselleck, *Historia/historia* (1975), Madrid, Trotta, 2004, p. 18.

²⁹ Burguière, *La Escuela de los Annales* [n. 9], p. 178.

³⁰ *Ibid.* Un ejemplo: “Braudel abordó la guerra como un hecho social total. La tuvo en cuenta en su dimensión tecnológica, económica, cultural y también antropológica. Esta forma altamente organizada y programada de la violencia formaba parte, según Braudel, de las relaciones normales entre grupos humanos, al igual que los intercambios comerciales o culturales, ambos igualmente agónicos”, *ibid.*, p. 194.

puntales del pensamiento sociológico francés. La detectable afinidad (en este caso entre sociología y filosofía para desarrollar un concepto legado por las reflexiones entre etnológicas y antropológicas de Mauss) que despliega una relación promisoría para pensar la noción de totalidad nos lleva a identificar en el trabajo de Georges Gurvitch, a quien Braudel tenía en muy alta estima, la iluminación de un nudo problemático fundamental en el que queremos insistir. En su libro *Los marcos sociales del conocimiento*,³¹ que no es sino la reproducción de los cursos que impartió en la Sorbona entre 1964 y 1965, Gurvitch se acerca en mucho al modo en que puede expresarse nuestro tema: la relación o correlación entre los nodos del conocimiento y los marcos sociales que los determinan, dicho en otros términos, el problema de los marcos sociales de las clases y las formas de conocimiento.

Consciente de que la sociología es, dentro de las ciencias humanas, la menos separable de la filosofía, por compartir un terreno común, el de la totalidad o de la totalización, que se manifiesta tanto en el nosotros de los grupos, las clases, las sociedades y en “los ‘yo’ participantes; como también el dominio de la ‘acción’ que puede, excediéndose, convertirse en *acto*, y, en el límite, en *acto creador*”,³² Gurvitch concluye que la sociología es tanto “una ciencia de determinismos sociales como de la libertad humana”.³³ Tal vez por dichas razones sugiere grados de distinción entre las totalidades macrosociales privilegiadas en que ocurren los hechos sociales y en que discurren las clases sociales y su conflicto (desde las masas hasta las sociedades globales), y también entre los sistemas cognitivos (que irían del místico al científico-racional).

Ahora bien, en esta manera de encarar el tema nos interesa el tipo de conocimiento propio de lo que Gurvitch llama las “sociedades globales”, que no por casualidad detecta como el asunto, quizá, más complejo. Así las define: “las sociedades globales son los fenómenos sociales totales, a la vez más vastos y más importantes, los más ricos de contenido y ascendiente en una realidad social dada”.³⁴ La referencia inmediata es, justamente, la enunciación de Mauss en su *Ensayo sobre el don* (1925) del que parece ser

³¹ Georges Gurvitch, *Los marcos sociales del conocimiento*, Caracas, Monte Ávila, 1968.

³² *Ibid.*, pp. 17-18.

³³ *Ibid.*, p. 19.

³⁴ *Ibid.*, p. 141.

su concepto fundamental, el “hecho social total”, no simplemente como yuxtaposición de diversos aspectos de la vida en sociedad sino su enunciación (el proceso de totalización) en la experiencia individual.³⁵

Gurvitch subraya que las sociedades globales, entendidas como “macrocosmos de macrocosmos sociales poseen una soberanía jurídica que delimita la competencia de todos los grupos que los integran, incluyendo el Estado”;³⁶ además de ello “una sociedad global es no sólo estructurable, sino siempre estructurada”, diversas organizaciones participan de los equilibrios precarios, vale decir dinámicos, que representan las estructuras, pero ni las estructuras (globales o parciales, dice Gurvitch) ni las organizaciones expresan por completo, agotan, el fenómeno social total global, no sólo por ser suprafuncional (en palabras de Gurvitch) sino por ser la más rica y más inestable de las infraestructuras posibles; por tal motivo, sigue apuntando este autor, siempre “hay más flujo y reflujo en el fenómeno social total global que en su estructura”, no es pues sólo un problema de estructura sino de ésta entendida como complejo relacional. La conclusión última a la que llega el sociólogo francés no podía ser más abarcante:

el concepto de sociedad global hace a los fenómenos sociales totales completos y soberanos, esencialmente suprafuncionales, siempre estructurados, pero que una sola organización no basta nunca para expresar plenamente. Buscan prevalecer sobre las clases sociales que entran en su seno. Predominan sobre esos macrocosmos de grupos, para no hablar de los segmentos en profundidad, de las manifestaciones de la sociabilidad, de las diferentes reglamentaciones sociales, de los modos de división del trabajo social y de los tiempos sociales. “La cohesión” —el equilibrio precario— de esas estructuras está cimentada por una o varias civilizaciones de las que participan, al mismo tiempo que son desbordadas por ellas.³⁷

El pensamiento de Gurvitch debe, no obstante, ser colocado en su contexto histórico, esto es, aplicarle el mismo tipo de análisis que él demanda, y precisamente en esta colocación histórica se revela su límite, pues al pronunciarse acerca del sistema cognitivo de las sociedades globales “que dan a luz el capitalismo” —ni más ni

³⁵ Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz, 2009.

³⁶ Gurvitch, *Los marcos sociales del conocimiento* [n. 31].

³⁷ *Ibid.*, p. 142.

menos que el tema que nos ocupa—, a lo más que puede llegar es a sostener que “en el último grado de este sistema cognitivo [...] se sitúa el conocimiento del otro y de los nosotros”; sin embargo, su referencia explícita a Rousseau y a Kant plantea el tema del reconocimiento del otro en cuanto a su inclusión como igual, lo colectivo que se reúne en lo general o universal, cuando los tiempos actuales nos obligan a plantear el tema del reconocimiento en términos del respeto a la dignidad del otro en cuanto otro, esto es, ya en un nivel epistemológico de lo que se ha denominado el giro descolonizador.

El texto de Gurvitch, sin embargo, merece ser destacado a la luz del modo en que se edificaron las ciencias sociales, el sesgo eurocentrista que primó en su edificación y la posibilidad de persistencia de esa unilateralidad en el proyecto de la llamada “historia global”. Ya en otro lado nos hemos pronunciado con relación al despliegue histórico del estatuto de conocimiento que se asocia con la construcción (tripartita) de las ciencias sociales, su propensión disciplinaria, determinista y eurocéntrica.³⁸ En el siguiente apartado daremos algunos ejemplos, ciertas rutas explicativas y redes conceptuales en que ya se rastrea el propósito de *escribir de otro modo la historia mundial*, con un cierto distanciamiento que se inspira en los alcances de un discurso no eurocéntrico. Lo que en sus antecedentes se había impulsado desde lo que se calificó como tercermundismo, en los llamados desplazamientos cognitivos descoloniales registra una hondura historiográfica meritoria que abona a la crítica del sistema de los quinientos años, a la modernidad eurocentrada, al sistema capitalista/colonial.

Escribir de otro modo la “historia mundial”

EL concepto de sistema-mundo de Wallerstein plantea una dificultad señalada por algunos teóricos. Tomar al mundo en su condición de totalidad exige trabajar con totalidades también relativas, porque la totalidad no está cerrada como tal, porque no existe una totalización totalitaria de la totalidad, lo que sí existe dentro de la totalidad son totalidades relativas. En ese sentido, a la propuesta conceptual de Wallerstein se le presenta un gran desafío: cómo trabajar teniendo

³⁸ José Guadalupe Gandarilla Salgado, *Asedios a la totalidad: poder y política en la modernidad, desde un encare de-colonial*, Barcelona, Anthropos/CEIICH-UNAM, 2012.

en la mira la totalidad cuando, analíticamente, no puede abarcarse la civilización capitalista como un todo.

Para hacerlo, es necesario establecer una especie de regionalización de esa gran totalidad, que puede ser en el sentido espacial o en el sentido temporal. Y lo que hace Giovanni Arrighi, otro gran autor de sistemas mundo, es partir la totalidad en su sentido temporal.³⁹ Ante la cuestión de cómo diseccionar el todo, Arrighi procede mediante la identificación de lo que llama los órdenes mundiales que, en rigor, se expresan como órdenes hegemónicos mundiales. Por ello, en su examen histórico del capitalismo, identifica un siglo holandés, un siglo inglés y un siglo norteamericano. ¿Por qué o a partir de qué estrategia metodológica lo hace? Combina el análisis de Marx (la noción de ciclo de capital) con el análisis de Braudel (la noción de ciclos seculares) y con el análisis de Charles Tilly (su sociología histórica y comparativa).

Para Arrighi, la única manera de procurar una condición abarcadora consiste en entender el modo en el que Marx descomponía el ciclo del capital. En los primeros capítulos de la obra de Marx, el ciclo del capital es visto en su sentido estrecho; es decir, corresponde a dinero-mercancía-dinero incrementado, que es la forma general del capital. Dicha forma general del capital, en su sentido desplegado, se expresa como dinero que sale a comprar mercancías (fuerza de trabajo, medios de producción), entra al terreno de la producción y, de la producción, emerge como mercancía preñada de valor que después se vende y se realiza como dinero incrementado. Ahora bien, ese ciclo ampliado del dinero es partido por Arrighi en dos, nada más: los ciclos del capital y los momentos de cierre. Los siglos hegemónicos expresan ese movimiento del dinero hacia la producción y desde la producción hacia las finanzas. El ciclo sistémico de acumulación de cada dominación hegemónica se cierra siempre con una crisis financiera. Fue así en el caso del siglo holandés, también lo fue en el caso del siglo inglés y lo está siendo en el caso del siglo norteamericano. Arrighi parte por ciclos la larga duración capitalista y procede de ese modo porque asume que no es posible pensar la totalidad en el sentido del sistema-mundo moderno, expresado en toda esa dimensión de cinco siglos. Para pensar esos cinco siglos, históricamente, la mejor manera es identificar un elemento que para Arrighi es el de la hegemonía.

³⁹ Giovanni Arrighi, *El largo siglo xx*, Madrid, Akal, 2014.

Mientras que a Arrighi le preocupa esta noción de acumulación, a Wallerstein, quizás, le preocupa el problema de los Estados y de la relación de poder, siempre en un esquema que asume la idea de ciclo no en un sentido determinista, sino en términos de las condiciones objetivas, subjetivas, materiales o potenciales de emprender sustituciones hegemónicas al interior del sistema en su conjunto.

Esto se relaciona, evidentemente, con el tema de la modernidad aquí tratado, que al experimentar también esa mutación ya no le resultaba vigente o actualizada la versión dominante en su fase temprana, mediterránea, cristiana, católica, jesuita, por lo que cambia y se expresa como modernidad del norte de Europa, como modernidad del ciclo holandés. Luego, el siglo XIX pasó a ser dominado por Inglaterra y su potencia naval y de guerra, y el siglo XX estuvo bajo la dominación de Estados Unidos y su gran complejo militar-industrial.

La hegemonía, entonces, apuntaba a un comportamiento de la gente en prácticamente todo hecho de su vida, instrumentado con un modo de pensar pero que se ejerce casi en inconsciencia (se participa de ella, hasta sin saberlo, “no saben pero lo hacen”, diría Marx) y erige un modo dominante y consentido de relacionarse con el mundo. Esto, aunque no se hizo explícito, consiste en un cierto modo de comportamiento (un cierto *ethos* histórico), que en los tiempos actuales sería el *American way of life*. Es decir, la visión que se trata de imponer en todo lugar del mundo, no como resultado de políticas que apuntalan esos valores, sino como algo ya naturalizado, que así es y que pretende serlo por siempre.

En el caso de ciertos análisis más abocados a la intención argumentativa del marxismo crítico o de Marx mismo, este tipo de cuestiones apuntan a la lógica expansiva (imparable e interminable) del capital o del capitalismo. En cuanto proceso social que opera con la lógica de una máquina, de un instrumento autoactuante, la relación del capital está asociada (en tanto despliegue con vocación planetaria) a esas otras dos dimensiones que Marx identificó como los pivotes que lo impulsan, la subsunción formal y la subsunción real, tanto del trabajo inmediato respecto al capital, que es la que Marx estudia de modo más sistemático y con mayor especificidad, como la de otros tipos de trabajo, no inmediatos, indirectos o el trabajo general, científico-instrumental, de tal modo que es lícito sostener una intención argumentativa más amplia que plantea la subsunción formal y real en un sentido de la totalidad de las relaciones sociales que son abarcadas por el propio capitalismo.

Para el Marx del *Manifiesto del Partido Comunista*, en tanto preocupación, amenaza latente, se cierne sobre el mundo de lo humano la propensión a subsumir o subordinar toda relación social a mera lógica crematística para acumular, a ser desplegada por un único criterio, el del frío cálculo egoísta. Esto es ya un anuncio de la referida sumisión a la lógica de la valoración económica de toda relación social que vincula a la gente por el reconocimiento de una necesidad. En esa lógica, la modernidad en su sentido capitalista plantea, justamente, esa vocación del capital entendido como relación social.

El capitalismo no es, por tanto, una suma de dinero. Tampoco es el amontonamiento en una fábrica de cosas que funcionan como medios de producción. El capital es entendido por Marx en una triple dimensión. Es una cosa, en el sentido de que se trata del dominio de la cosa sobre la persona o del dominio de una relación cósmica sobre relaciones que se establecen entre las personas. A esto lo llamó Marx fetichismo de la mercancía, es decir, el ocultamiento de que en las relaciones entre los seres humanos, que son relaciones de carácter social, las personas se revelan en tanto sujetos necesitados. Pero el carácter relacional que se establece entre las personas queda subordinado o invisibilizado, y lo que cobra visibilidad es la relación entre las cosas. De ahí que ese carácter fetichista es ampliado en el análisis de Marx a tres niveles: fetichismo de la mercancía, fetichismo del dinero y fetichismo del propio capital. Podría decirse que el análisis del proceso fetichizador de las relaciones sociales se amplía prácticamente a todas las dimensiones sociales. Esto significa que existe fetichización en todo ámbito relacional que se unilateraliza, como por ejemplo en los Estados; un Estado y su cuerpo jurídico de leyes se fetichiza en tanto rompe ese carácter relacional con la comunidad política. Tales episodios son de crisis, pues se pone en evidencia ese estado de cosas como forma aparente; se resquebraja su predominio y puede ser el anuncio de un momento constitutivo.

Entonces, el capital sí es una cosa, pero no es exclusivamente una cosa; el capital sí es la relación entre los seres humanos con las cosas, pero no es exclusivamente la relación entre los seres humanos y las cosas. A fin de cuentas, como dirá Marx, el capital es un proceso. Es decir, es cosa, relación y proceso. En términos de la formulación de Marx, eso significa automovimiento, autovalorización del valor; significa la sustitución del agente humano, de las personas que desarrollan las relaciones sociales como relaciones humanas, por un sujeto que se revela automático. Dicho sujeto,

que es la autoactividad del todo puesto en movimiento, es el que sustituye al ser humano.

Por eso Marx ofrece una primera definición del capitalismo como el actuar por fuerzas compulsivas que parecen estar en nuestras espaldas, que la gente no ve, que la obligan a actuar de determinada manera porque no tiene ojos en la espalda. Por eso a Slavoj Žižek, de quien se dice que es representante de Lacan en la tierra, le gusta mucho esa formulación de Marx: “no saben pero lo hacen”. Es decir, no existe conciencia de las relaciones sociales y se actúa por una especie de automatismo. En ese sentido, se plantea al ser humano como una máquina deseante que hace parte del propio despliegue del capital, lo que sociológicamente se denomina la no intencionalidad de la acción. Esa no intencionalidad de la acción reproduce, en cierto modo, la lógica del sistema, la lógica de la relación del capital, de la cual es tan difícil desprenderse. Incluso parecería que nosotros, sin quererlo, reproducimos al monstruo.

Con relación a esta modernidad capitalista y la posibilidad de llevar a cabo un desprendimiento, es posible establecer varios niveles. Se habla de varios tipos de capitalismo. Uno de carácter gangsteril, como el actual, desmedidamente neoliberal, ventajista y rencoroso, dominado por los mecanismos de acción financiera, la mundialización financiera, todo el despliegue del potencial intelectual hacia la creación de nuevos instrumentos financieros, los mercados de derivados, los seguros, los fondos mutuos, la articulación de todos los sistemas bancarios a nivel global. Otro que corresponde, más bien, a una fase previa, de despliegue de la industria, de despliegue de las forma de consumo, el capitalismo keynesiano, que apuesta más a la inversión productiva, que no ve la lógica del ahorro como la fundamental, sino que le da un lugar protagónico a la lógica de la inversión y a sus efectos multiplicadores. Entonces, podría haber procesos en sentido contrario al neoliberalismo, como lo conocemos, para volver a otros procesos todavía asentados en la articulación keynesiana de la producción y del consumo sin desprenderse propiamente del capitalismo en cuanto tal.

Pero, ¿qué significa desprenderse de la lógica de esta relación social de capital? En el análisis de la modernidad y del capitalismo de Marx, esto se entiende en el sentido extensivo e intensivo de esa relación condicionada y condicionante, justamente vinculada con el problema de lo que él ve como lo fundamental de su tiempo, del siglo XIX, que sería la extracción del plusvalor en el terreno de la

producción. Actualmente se sabe que el enriquecimiento, como lo estudiaron Braudel, Arrighi y otros autores, puede ocurrir también en la fase de la circulación y en la de la realización del plusvalor. Ahora también se sabe, de mejor manera y con más claridad, que se nos explota por medio de las finanzas, que se nos victimiza en la fase de producción del valor, en el sentido de extracción de plusvalor de los agentes productivos, pero que también se nos esquilma en tanto subjetividades endeudadas.

Desde ese mirador, el análisis que venimos haciendo cobra otro sentido, pues la intención de plantear ese potencial expansivo del capital, esa desmesura de la apropiación territorial, esa inacabable demanda por abarcar el mundo entero, se resume en la lógica de una pretendida planetarización del proceso capitalista. Rastreando ese proceso, podría decirse que, evidentemente, el capital —ya explicado por Marx en el capítulo cuarto de *El capital*—, en cuanto tal, nació siendo un hecho mundial. Es decir, la fase primigenia del capital se relaciona con una fase también primigenia de establecimiento y edificación de la forma mercado mundial.

El mercado mundial no es un hecho ontológico e incambiable; también tiene ciclos que corresponden a fases de la propia dominación del capitalismo. De hecho, el mercado mundial se mueve, primero, bajo una lógica del capital mercantil y, posteriormente, en los entresijos de una lógica más envuelta en los procesos del capital industrial y de un mercado mundial de carácter ampliamente financiero, como el actual. Lo que se quiere apuntar es que la noción de Occidente no solamente se refiere a un punto geográfico que ocupa el centro del sistema en la modernidad y desde el cual se abre expansivamente a ocupar el mundo entero. En este texto se busca entender ese proceso como el proceso de cambio de lo que se dio en la conversión del proyecto de la Europa geográfica hacia la Europa histórica. Esa transición europea permite jugar un poco con la idea de que la propia condición europea, como central del sistema en el curso de la modernidad temprana, exigió en su propio proceso de despliegue una mayor ambición por comprender el mundo entero. Hay una frase de Braudel que viene muy bien al asunto:

Uno, que hay que comerse el mundo para dominarlo. Dos, que sólo las rutas infinitas del mar permiten detentar los papeles de primera fila. Es una verdad de ayer sin duda, de ese primer capitalismo, que es un prelude de la vida del Occidente moderno. En la actualidad todas las rutas marítimas,

continentales, aéreas, deben tomarse en consideración, y sobre todo los invisibles hilos de las inversiones en capitales a escala internacional.⁴⁰

Lo que Braudel documenta es la propensión mundial de esa modernidad a la que Europa se abre en el largo curso histórico del siglo xvi, en tanto bloque temporal que se extiende desde 1450 hasta 1640. Geográficamente, esa condición puede ser entendida como el paso de un mundo que tiene en el Mediterráneo su centro, el mediterráneo-centrismo, hacia un mundo de apertura atlántica, que de ese modo también ve alteradas sus medidas geopolíticas. Entonces, la modernidad consistió en ese movimiento, en el paso de una locación a otra como epicentro. Es decir, en todas las dimensiones —culturales, económicas, comerciales, financieras—, el Mediterráneo era esa especie de centro concentrador de la lógica en el momento previo a la apertura de la modernidad. Por tal razón se habla de que ahí se dio un humanismo temprano. Posteriormente, el desplazamiento también ocurrió en los campos de la cultura, la economía, las finanzas, el comercio y otros.

En los campos cultural y religioso, el movimiento resulta muy claro. Hubo una cierta pérdida de importancia de la Roma vaticana en el momento de la reforma luterana (1517). Se produjo un desplazamiento importante. Es decir, la Cristiandad occidental ya estaba viendo su primer cisma importante, se abría la posibilidad de la Europa protestante. Hubo un innegable desplazamiento hacia el norte, religioso, simbólico, en el cemento que a toda sociedad le da la religión. En lo filosófico y lo cultural el desplazamiento también fue importante. Los filósofos más destacados se fueron de la península ibérica a la parte norte de Europa. Esa migración, incluyendo la huida de un filósofo como Baruch Spinoza, dio paso a la creación del pensamiento que llegó a ser el dominante en esa segunda fase de la temprana modernidad: el pensamiento racional. El desplazamiento también se dio en los ámbitos económico, financiero y comercial. Las compañías de Indias orientales y occidentales se establecieron definitivamente en la Liga Hanseática, en la parte norte de Europa, hacia el Báltico, lo que actualmente son los Países Bajos. Los ejércitos de España estaban viviendo sus primeras derrotas (la Armada Invencible) y también cambió el significado del poder marítimo. China optó por la conquista hacia el interior, los barcos españoles fueron sustituidos por los

⁴⁰ Fernand Braudel, *Las ambiciones de la historia*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 346.

nuevos navíos holandeses que eran más eficaces, trasladaban mayor cantidad de mercancías, invencibles en las batallas, con mayor capacidad de desplegar su poderío en los mares. No es ninguna casualidad, entonces, que un personaje como Hugo Grocio sea el creador de la disciplina del derecho de mares. Los ordenamientos jurídicos y marítimos fueron importantes no sólo para contener ofensivas piratas, corsarias o bucaneras, sino porque postulaban el derecho de mar como derecho a la conquista. De hecho, el nuevo principio favorecía a los navíos de los Países Bajos. Después esto fue definitivo para el dominio marítimo de Inglaterra, en el curso de los siglos XVIII y XIX.

Esa etapa de la modernidad, que se abre en el siglo XVI, parece estar expresando el desplazamiento desde el Mediterráneo hacia la experiencia de la amplitud que ofrecía el Atlántico, que no había tenido ninguna posibilidad en decenios previos, ni siquiera para los grandes navíos portugueses, que se hicieron a la mar de 1450 en adelante o incluso antes. Por primera vez se tiene una articulación que es verdaderamente mundial. Justamente, los navíos y las tropas de Felipe II, ya atravesando de costa a costa, de océano a océano, el continente americano, se aventuraron hacia el Pacífico desde los puertos de Acapulco hacia China, como antes lo hicieron del puerto de Veracruz hacia destinos atlánticos; hasta llegar a esas islas que ahora conocemos como Filipinas, precisamente en honor al jerarca peninsular Felipe II. Esa articulación es importante porque estableció un circuito que fue fundamental en el curso del siglo XIX.

En la primera etapa, la de la modernidad temprana, surgió el pensamiento utópico. Existe una estrecha relación entre el tipo de pensamiento que se formuló en el ámbito de la subjetividad mediterránea, de un mar que cierra, y un tipo de pensamiento más abierto, como archipiélar, que es de apertura. Esto también permite pensar en esa representación espacial. ¿Qué es lo que nos dice un tipo de civilización o complejo civilizatorio que ha interrelacionado, pero hacia la concentración de una lógica secular de encierro? ¿Y cuál es el tipo de relación de intersubjetividad que se puede crear mediante un tipo de representación espacial como la antillana o caribeña? Territorialidad, como la que se experimenta en las zonas del altiplano continental, que vieron florecer nuestras culturas más importantes, donde se ha practicado un tipo de interrelación entre los seres humanos y de éstos con la naturaleza, más horizontal, en pliegues comunitarios y de reciprocidad, o si se

quiere, más archipielar, que despliega una identidad distinta, la de la raíz múltiple o diversa, como gustaba decir Édouard Glissant.

Ello apunta a reivindicar una determinada noción de lo que significaría el Caribe, de lo que significa para América y para el mundo, como síntesis de una modernidad posible, que incluso en diversas etapas estaría planteando esa potencialidad. Entonces, ello apunta a la tarea de buscar un nuevo sentido de lo humano, algo que ya estaba siendo planteado en su momento por la rebeldía de los esclavos haitianos, o con posterioridad por autores y próceres de la liberación, como José Martí y ese otro gran antillano universal que fue Antenor Firmin. Con la herencia de esos remotos disidentes, no fue casualidad que en la región de las Antillas (la primera invadida por el colonizador, al mismo tiempo barrera imperial y zona del no-ser) llegara a producirse, a mediados del siglo xx, la enunciación más precisa del discurso anticolonial. Justo en ese punto geográfico y del sentir humano ya estaban anunciadas la posibilidad de imaginar otra modernidad *con y desde* el Caribe y las puertas a esa vía: el horizonte descolonizador y la recuperación corpórea, corropolítica de las potencialidades de la autodeterminación, que en su momento se expresan en la liberación de los negros esclavos (1804, en Haití) y luego a través de una cierta apropiación, siempre conflictiva, de la mediación (nacional-popular) cuando desde ahí se ampara la posibilidad de liberación (como lo muestra aún la Revolución Cubana).

Por ello Frantz Fanon cierra *Piel negra, máscaras blancas* (1952), uno de sus emblemáticos libros, con la enigmática sentencia: “Oh, cuerpo mío, haz siempre de mí un hombre que interroga”.⁴¹ Cuando el cuerpo del colonizado interroga no sólo duda y abre oportunidades (ilustradas o emancipatorias) a la razón en la historia, sino que su interrogación es ya un posicionamiento que duda de la razón (occidental) de la historia, que pugna por liberarse de ella. Si como dijera Ernst Bloch “pensar es traspasar”, hemos de decir, de acuerdo con Fanon, “interrogación es liberación”.

⁴¹ Frantz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal, 2009, p. 190.

RESUMEN

Reflexión en torno a la “historia global” que aquí es puesta en tensión frente a la propuesta de “historia total” de Fernand Braudel, cuyas premisas epistémicas exigían una ampliación y profundización de las realidades sociales del espacio y el tiempo en correlación y contraste con la “historia comparada” y la llamada “historia universal”. Asimismo, se rastrea la influencia braudeliiana de la historia total en desarrollos posteriores que asumirán la tarea de construir narrativas históricas desde un mirador global, lo cual plantea desafíos teóricos, metodológicos y epistemológicos recuperados aquí con una postura crítica, situada en América Latina, que problematiza su relación con el capitalismo y el eurocentrismo.

Palabras clave: Fernand Braudel (1902-1985), historia total, historia global, capitalismo.

ABSTRACT

This paper aims to discuss the concept of “Global history” with regard to Fernand Braudel’s notion of “Total history”, a notion epistemically premised on wider and deeper space and time social realities in contrast and in correlation to “Comparative history” and the so-called “Universal history”. In addition, the author explores the influence of Total history in subsequent developments that will ultimately come to fabricate historical narratives from a global standpoint; these developments imply theoretical, methodological and epistemological challenges critically revised here, from a Latin-American angle, together with the analysis of its connections to Capitalism and Eurocentrism.

Key words: Fernand Braudel (1902-1985), Total history, Global history, Capitalism.